

Dejad que cante al genio que ha eclipsado  
de los héroes y sabios la memoria,  
oprobio de los siglos que han pasado,  
y de los siglos venideros gloria:  
al que excediendo, por querer del hado,  
cuantos prodigios hacinó la historia,  
desea... y realizando devaneos,  
cual los de Dios son mundos sus deseos!

¿Qué sentirá Colón cuando evocando  
un mundo de entre el húmedo elemento,  
sobre las alas de su fe flotando  
ve sobre el mar petrificarse el viento?...  
Sentirá lo que Dios, cuando engendrando  
cuanto ha sido y será de un pensamiento,  
su hechura al contemplar de encantos llena,  
con sonrisa de amor *vió que era buena.*

—¡Alto! ¡Aferrad! — ¡La tierra está delante!  
Dan las tres... ¡Cuánto tarda la mañana!  
La chusma ayer frenética, arrogante,  
tan sumisa se muestra como ufana:  
grita aquí uno cual grita el Almirante:  
remeda otro á Rodrigo de Triana:  
los unos exclamando: — ¡Aferra! ¡aferra! —  
repetiendo los otros: — ¡Tierra! ¡tierra! —

Así ¡de hinojos! De Colón las manos  
besan algunos á sus pies cayendo:  
los que insultaron su dolor villanos,  
villanos piden su perdón gimiendo.  
— ¡Alzad! ¿y quién no yerra? alzad, hermanos.  
Generoso Colón les va diciendo:  
¡Gracias al cielo! ¡Alzad! ¿Y quién no yerra?  
¿Veis esa sombra bien?... ¡Esa es la tierra!

¡Pasa otro instante!... ¡dos!... Todos el día  
aguardan vueltos hacia el suelo hispano,  
mientras, pidiendo luz, Colón decía,  
descubierta la frente, alta la mano:  
— ¡Si hay gloria en este mundo, de la mía  
permitidme ¡oh virtudes! que esté ufano!  
¡Que alumbre el sol mi venturosa suerte,  
y después, si queréis, venga la muerte!

La FE, la CARIDAD y la ESPERANZA,  
á esta humilde oración siguen la vía  
del fugitivo sol que, porque avanza,  
cegar el genio de Colón creía.  
El grupo en busca de la luz se lanza,  
y con el sol volviendo al otro día,  
para ser de su disco conductoras  
las tres virtudes suplen á las horas.

Y otro instante pasó... y otro... En su gloria  
piensa Colón, cruzando por cubierta,  
y tanto tanto se engolfó en su historia,  
que era su distracción locura cierta.  
Hirviendo de recuerdos su memoria,  
de sus sentidos la existencia muerta,  
así decía, continuando internos,  
de su alma los monólogos eternos:

«¿Con que al fin, más feliz que mis mayores,  
dejo del fiero mar la senda franca?...  
¡De placer, olvidando sus dolores,  
el corazón del pecho se me arranca!  
¡Imbéciles! ¡Imbéciles doctores,  
que hicieron de mí escarnio en Salamanca!...  
(¡Oh, cuánto tarda el sol!) ¡Su gran talento  
ha quedado, por Dios, con lucimiento!

»¡Qué gozo va á sentir tan lisonjero  
Beatriz Enríquez, mi secreta esposa!  
¡A su feliz progenitor primero,  
cuánto mi estirpe alabaré orgullosa!  
¿Y qué dirá del pobre aventurero,  
al ver que su corona hace gloriosa,  
aquella Reina para mí tan buena?  
¿Y qué dirá fray Pérez de Marchena?

»Santangel ¿qué dirá de mi jornada?  
¿Y Toscanelli, de Florencia aurora?  
¿Y Quintanilla?... Si de mí hoy se agrada,  
de seguro en sabiéndolo me adora.  
La Marquesa de Moya, la privada  
de la reina Isabel, ¿qué dirá ahora?  
¡Con qué gracia, bondad y cortesía  
en la cámara real me entró aquel día!

»Venecia, ¿qué dirá mi gloria viendo?  
¿Y Génova, la ingrata patria mía,  
y el falso Portugal, que dejé huyendo?...»  
Y ya triste, ya alegre, iba y venía.  
Y una vez, y otra vez, yendo y viniendo,  
— ¿Y ese sol que no viene? — repetía.  
La postrer vez que á un loco asemejaba;  
y la primera vez que loco estaba.

«¿Y fray Pérez? — seguía; — no se aparta  
su imagen fiel de la memoria mía:  
¡el buen fraile! justo es que con él parta  
cual mi dolor ayer, hoy mi alegría.  
¿Cómo decía su postrera carta?  
¿Cómo decía, á ver, cómo decía?»  
— SI LA TIERRA NO HALLÁIS, LOCO PROFUNDO;  
SI HALLÁIS LA TIERRA, REDENTOR DE UN MUNDO.



## MUERTE DE NUÑO

### RESUMEN

Caída mortal de Nuño. — Conclusión de su historia. — Su muerte.

De un vértigo de muerte poseído  
cayó Nuño del árbol de mesana,  
cuando rival de Dios favorecido,  
— ¡Tierra! — gritó Rodrigo de Triana.  
Del alta punta con fragor caído  
Nuño, dando á su mal muerte temprana,  
pegado al puente, que con rabia oprime,  
rota una sien desesperado gime.

Oyen Rodrigo y Zaida de su pecho  
el ¡ay! al gozo general mezclado,  
y corriendo hacia él: — Nuño, ¿qué has hecho?  
gritan los dos con fraternal cuidado.  
Nuño, entre llanto que ocultó deshecho,  
fué resuelto á decir: — ¡Que me he arrojado! —  
Mas por no herir su pecho entristecido,  
prorrumpió el infeliz: — ¡Que me he caído!

— Adiós, Zaida, — siguió, — dulce embeleso;  
sabe por fin que tanto te quería,  
que de tu amor me asesinó el exceso.  
— ¿Tu amor, hermano? — «Amor, hermana mía;  
mas no se alarme tu virtud por eso,  
porque el mío en tu espíritu vivía  
como dicen que está con santa calma  
en el seno de Dios mística el alma.

»Viví á tu lado ardiendo en casto fuego,  
en tu vida mi vida concentrada,  
viéndote airada ahora, amable luego,  
unas veces amante, otras amada.

Es el amor tan confiado y ciego  
que, aunque de mí vivías olvidada,  
iba siempre esperando el alma mía  
que te acordases de quererme un día.

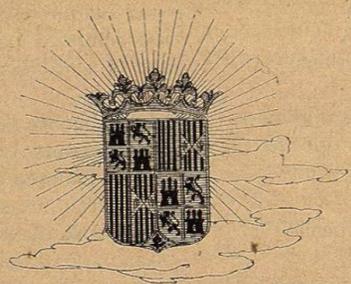
»Solamente una vez quise enemigo  
morir matando y acabar mis duelos;  
pero al mataros, perdonad, Rodrigo,  
impidieron mi error justos los cielos:  
mas á lanzaros á morir conmigo  
no me arrastraba el odio, eran los celos;  
no he podido jamás, ni aun puedo ahora,  
aborrecer lo que mi Zaida adora.

»Dadme, Rodrigo, vuestra mano, — (y fría  
tendió la mano, que estrechó Rodrigo); —  
aun, si labráis de Zaida la alegría,  
seré desde la tumba vuestro amigo:  
su dicha haced, tras la desdicha mía,  
ó tremenda os dará lento castigo  
la eterna, fiera y última mirada  
que en vuestra alma ¿la veis? dejo clavada.

»¡Zaida! la frente que en alzar me afano  
encienda por piedad tu mano ardiente,  
pues ya me hiela el pensamiento vano  
cual losa del sepulcro de mi mente.  
¡Zaida! me ahogo ya; mas no tu mano  
separe cuidadosa de mi frente,  
pues lo que en ansia atroz mi aliento embarga  
es de mi propio corazón la carga.»

Zaida, vuelto á Rodrigo el rostro hermoso,  
 — ¡Si él muere, muero yo! — dijo llorando;  
 á lo que Nuño replicó animoso:  
 «Tú vive, y sé feliz; yo te lo mando.  
 También yo, si lo sois, seré dichoso,  
 mi suerte á vuestra suerte atemperando,  
 pues no querrán benéficos los cielos  
 que después de morir muera de celos.

» ¡Qué noche tan glacial!... ya heló el am-  
 la sangre de mi pecho en lo profundo. (biente  
 ¡Zaida! ¡sostenme, porque mi alma siente  
 que inmenso sobre mí se vuelca el mundo!...»  
 Dijo así; y Zaida lo besó en la frente,  
 la que inclinó por siempre el moribundo...  
 ¡Oh de amor intensísimo embeleso!  
 Zaida, al besarle, ¡lo mató del beso!



## CANTO XVI

## JUICIO DEL MUNDO

## RESUMEN

Prisión del sol. — Juicio del mundo. — El Asia. — La Europa. — El África. — La América. — Desembarque. — Sistema solar de Copérnico. — Conclusión.

Hacia la parte que al Oriente cae  
 no alegre se alza el sol, triste es azado;  
 de las virtudes teologales trae  
 el disco ardiente, sin ardor, cercado.  
 Con cadenas de luz la FE lo atrae,  
 y prisionero, á un lado y á otro lado  
 la CARIDAD trayendo y la ESPERANZA,  
 entre lazos de imán pálido avanza.

Y «¡Anda! — dice la FE, — sol refulgente, —  
 mientras atento el sol la escucha andando, —  
 el pasado, el futuro y el presente,  
 residenciados los verás pasando.  
 ¡Anda! y verás cómo dichosamente,  
 de la virtud el reino conquistando,  
 de primor en primor, de ruina en ruina,  
 glorioso el mundo hacia su fin camina.

» Para ir hasta la fe de los creyentes  
 fué un paso nada más tu idolatría.  
 ¡A juicio! ¡á juicio! las eternas gentes;  
 y vos, ¡siglos sin fin, sueños de un día!  
 pasadas sombras, sombras preexistentes,  
 el acento de Dios es la voz mía.  
 ¡Honor á la virtud! ¡Oprobio al vicio!  
 Universo moral, ¡álzate á juicio!

» Ex-dios del cielo, — continuó, — camina;  
 verás surgir de entre hordas de verdades,  
 de todas las naciones la doctrina,  
 y la moral de todas las edades.  
 Verás también hoy que Colón arruina  
 de vuestros falsos cultos las deidades,  
 que es la justicia la pasión más tierna,  
 que es la virtud la religión eterna.

» ¡A juicio! — repitió. — Y á este conjuro  
 de exhumación, desde la tumba fría  
 el pasado, el presente y el futuro  
 pueblan en irrupción la luz del día.  
 Y aunque se alzó cuanto es y ha sido puro,  
 casi desierto el éter parecía.  
 ¡Cuán pocos genios en el mundo fueron!  
 ¡Cuán pocos ¡ay! en la virtud murieron!

Después la CARIDAD repite: — Avanza,  
 con eterno pesar, á Colón viendo  
 que á derrocar la idolatría alcanza  
 hoy su misión providencial cumpliendo. —  
 Calló la CARIDAD, y la ESPERANZA  
 dirigiéndose al sol sigue diciendo:  
 «Mira brillar con deslumbrante gloria  
 la gran fosforescencia de la historia.

» Medio muerto aquí el Chino enfatiado  
 vegeta en no alterada servidumbre;  
 cual gusano eficaz vive encerrado  
 en la cápsula vil de la costumbre.  
 El hombre arrastra aquí, mal de su grado,  
 de sí mismo la inmensa pesadumbre.  
 Para hallar su ataúd sin pena alguna  
 vuelve al revés su inseparable cuna.

» A Confucio mirad, cuya doctrina  
 la más ilustre comunión adora;  
 por él la gloria de la raza china  
 del mundo irá hasta el fin hora tras hora.  
 ¡Salud por siempre á tí, sombra divina,  
 destello de Moisés, de Cristo aurora!  
 Para pasar por dios faltó á tu estrella,  
 mártir de tu moral morir por ella.